

# SIC

TELEFONO 7501 APARTADO 413

CARACAS

REVISTA DE  
ORIENTACION CATOLICA

Año 11 - Tomo XI - Nº 107

JULIO DE 1948

Caracas — Apdo. 413

**UNA LARGA SIEMBRA DE IDEAS REVOLUCIONARIAS Y DISOLVENTES**, muy anterior al golpe militar del 18 de Octubre, está cosechando en Venezuela su fruto natural e inevitable: la **disolución social**.

**Disolución social** manifiesta y creciente, aunque tratemos con frecuencia de cubrirla ante visitantes y curiosos con la mentira de improvisados escenarios de lujo.

Concretándonos a ideas fundamentales: se ha sembrado la escuela laica, materialista y atea; se ha sembrado el odio marxista de clases; se han sembrado ideas de libertad sexual y desprestigio de la familia.

¿Consecuencias?

Todos hemos visto con orgullo y satisfacción el aumento de las escuelas y centros de enseñanza. Hay maestros ingenuos de la vieja escuela liberal o de la nueva utopía marxista que preconizan un porvenir de civismo ejemplar y moralidad colectiva para el día en que las masas se **culturicen**. Fuera del abuso de la palabra **cultura**, que abarca sentidos incomparablemente más complejos que el de la mera ilustración, hay en este ingenuo optimismo, el desconocimiento más elemental de las realidades de la vida. Recuérdese el ejemplo de la Alemania recién vencida. Mayor ilustración, sin mayor base moral —en concreto, sin mayor base moral cristiana— nunca conducirá a la íntima prosperidad de un pueblo. Tenemos más escuelas. Disminuye felizmente el número de nuestros analfabetas. Son más frecuentadas nuestras aulas universitarias y los centros de segunda enseñanza. ¿Aumenta en proporción la pública moralidad? ¿Hay menos robos? ¿Hay menos crímenes? ¿Hay más pulcritud en los negocios? ¿Hay moralidad profesional? ¿Hay más honradez en la administración? Para desventura nuestra la inmoralidad pública avanza en proporción alarmante. Sería injusticia decir que esa proporción avanza a medida que avanza la ilustración y la cultura. Mucho más injusto aún afirmar que es consecuencia de la ilustración y la cultura. Pero igualmente evidente que la escuela sin Dios, la escuela, donde con frecuencia —es necesario decirlo— se hace mofa de la moral cristiana, la escuela socialista, la escuela que se dice laica, por eufemismo, para no llamarse materialista y atea, nunca será un balladar para la ola invasora de inmoralidad pública que estamos contemplando con sincero pánico. **Moral y luces**, dijo el Libertador. Porque **luces sin moral** es poner un puñal en las manos de un criminal.

Se ha predicado la lucha de clases. El trabajador urbano y el obrero campesino han despertado a la conciencia de sus derechos. Cuentan con organismos suficientemente poderosos para reclamarlos. Somos los primeros —como defensores sinceros de la doctrina social católica— en felicitarnos por la formación de esa conciencia y aun por la organización de esa fuerza de defensa. Pero lamentamos con amargura que a la prédica de los derechos de los obreros, no se haya querido acompañar la exposición

Cosecha

Revolucionaria:

Disolución social

de los deberes del obrero y del patrono, que no se haya dicho al obrero que en un país de inmensas posibilidades su redención no está en quitar a nadie, sino en elevarse él mismo por el ahorro y su capacitación al nivel de los que están arriba. Nadie ignora hoy las consecuencias de esa prédica parcial e incompleta. El propio Presidente Gallegos ha tratado de mitigar sus efectos con amonestaciones de ejemplar paternidad, pero de perfecta ineficacia. Con mucha frecuencia nuestros obreros son hoy cuatro veces menos eficaces —en las obras del Estado veinte veces menos eficaces— que hace diez años. A nuestra propia vista obras públicas, realizables en dos días, se han concluido —malamente— en veinticinco. A la vista de todos los habitantes de la capital está la vergüenza de las construcciones de la ciudad universitaria. El obrero del campo —al que se le han pintado fantásticas prosperidades— no quiere trabajar la tierra y sabotea con enorme frecuencia, las labores del propietario. En los centros urbanos son muchas las industrias que viven lánguidamente, se cierran o no se abren por miedo a la pereza, oficialmente protegida, o la hostilidad marxista de los trabajadores de la empresa. ¿Qué podía esperarse de la insensata prédica de la lucha de clases? de la ostentosa promesa de redenciones proletarias? Solamente la **engañosa** realidad del aumento de salarios. **Engañosa**, porque en una proporción más rápida se aumenta, en consecuencia, el valor de los alimentos y materiales que ha de consumir el obrero. Es evidente que hoy gana más el obrero. ¿Vive mejor? ¿Es más feliz? Y en otro orden: ¿prospera más nuestra agricultura? ¿Progresá, al compás de nuestra demografía, la industria autóctona, la producción nacional?

Se ha predicado la libertad sexual, la disolución de la familia. Quien lo niegue debiera examinar la dolorosa escala descendente de nuestra legislación de varios decenios en cuanto se refiere a la institución fundamental de la familia. Se han presentado como conquistas y progresos (?) el divorcio, ingenuos postulados de emancipación de la mujer y la igualdad legal de los hijos legítimos e ilegítimos. Además se han repetido en cátedras y consultorios, con mentida etiqueta científica, deletereos principios freudianos sobre el problema sexual. Con frecuencia hemos recordado en esta página que el divorcio es una dudosa solución para unos pocos, y una segura tragedia para los más, sobre todo las mujeres y los niños. Que la emancipación y la propaganda de las libertades de la mujer, es casi siempre la propaganda de los hombres disolutos para sus propias libertades con la mujer. Que la mejor solución para el problema de los hijos ilegítimos no es el equipararlos legalmente a los legítimos, sino el facilitar el matrimonio, rayando de una vez la insensata obligatoriedad del matrimonio civil antes del religioso. La realidad pavorosa que estamos presenciando es que el hogar venezolano se desmorona. Es la primera y más dolorosa impresión que nos comunican aun los ilusionados inmigrantes que llegan de la desquiciada Europa. No disminuye el número de los hijos ilegítimos. El número de los niños sin hogar constituye un problema cada día más agudo. Hasta se habla de organizadas pandillas de delincuentes jóvenes y casi infantiles. Las prácticas anticoncepcionistas se abren paso desde las clases altas, hasta llegar a las clases humildes. A las libertades sexuales masculinas comienzan a suceder explicables libertades femeninas, que de lograr aclimatarse supondrían un auténtico caos social.

No tenemos valor para detenernos morbosamente en esta dolorosa enumeración de lacras morales.

En síntesis asistimos a una progresiva primacía de la materia contra el espíritu.

La solución no es fácil; y la batalla se anuncia ardua y prolongada. Pero una cosa es evidente: que se impone el esfuerzo mancomunado de todos los hombres de buena voluntad para salvar a la patria del **progresivo caos de la disolución social**.

M. A. E.